



La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 15 de Enero de 1898.

Núm. 346

Los hombres que faltan

¿Que la cosa está perdida?; ya lo sé.
¿Que esto se lo lleva el demonio? Ya lo sé.

¿Pero quereis saber vosotros los hombres que faltan para evitar que se lo lleve?, pues escuchad el siguiente rasgo histórico de la vida de uno de esos hombres, que el célebre P. Victor Vantrik ha llamado los hombres del *Deber*.

«Tomás Moro era canciller y guardase-
llos de Inglaterra, cuando Enrique VIII,
para escaparse del Deber, imaginó el
odioso proceso de divorcio que debia de-
sembarazarle de Catalina de Aragon. En
ese mismo dia el canciller rompió con su
amo y señor, se despojó de sus cargos, y
se retiró á la pobreza de su familia, arrui-
nado; pero sin mancha, y fiel al menos por
su parte al Deber.

»Ana Bolena se sintió abofeteada por
aquel anciano que silencioso se apartaba
de ella... bramó de cólera y se acordó de
Herodías.

»Después de dos años se impuso al des-
terrado el juramento al nuevo Estatuto
del Reino. Este juramento violentaba su
conciencia.. El Deber se le apareció... y el
anciano se inclinó ante él... Rehusar era la
muerte... Y aceptó la muerte. Una real or-
den inspirada por Ana le condenó á la
Torre de Londres. Fué preciso partir. En
su casita de Chelsu vivia con su mujer,
con sus hijos y con sus nietos, y sobre to-
do con su hija primojénita, aquella «muy
amada Margarita,» la primera en su cora-
zon. Habia soñado vivir y sufrir ya que
era preciso, pero... en medio de ellos, jun-
to con todos ellos. «Somos pobres escri-
bia; mas aunque nos fuera peor, no nos
separaríamos, iríamos cantando la *Salve* á
mendigar pero todos juntos.» ¡Y ahora
era preciso dejar allí aquellos seres tan
queridos!... No tuvo valor para afrontar la
dolorosa pena de las despedidas... guardo

secreta su condenación, y, llegado el dia,
contempló por última vez su pobre mo-
rada, dulce cuna de sus hijos, y por una
puerta del jardin salió y se alejó de aquel
imán de su alma: á los cincuenta y cuatro
años vino á constituirse prisionero en la
Torre.

»Teniéndole al principio incomunicado,
un dia le entregaron una carta, era de su
hija, de Margarita. La abre, nota que es-
tá empapada de lágrimas, y en sus líneas
amorosas escucha á su hija que le suplica
con acentos que le desgarran; le conjura
que ceda al Rey, que pronuncie aquel ju-
ramento que debe salvarles á todos, y que
segun ella cree, admite un sentido legíti-
mo.

«¡Oh, hija mia—contestó Moro—el te-
mor de morir no me aflige; pero tus lágri-
mas, que yo he sentido todavía húmedas,
pero tu súplica, pero tu dolor... ¡Oh, como
me desgarran el alma todo eso!... Margari-
ta, mi querida hija, no puedo; mi convic-
cion es inquebrantable; no puedo, no
quiero faltar á mi Deber.

»No tengo miedo á la muerte, pero el
pensar que mi esposa, que mis hijos, que
tú, Margarita mia, habeis de sufrir por mi
causa, me espanta... ¡Oh, que Dios os
proteja y que Él os bendiga!

»Poco tiempo después Margarita triun-
fante le anuncia que el Obispo de Roches-
ter habia suscrito la fórmula del Estatuto
y prestado juramento. Era esto una calum-
nia artificiosa de Cromvell.

«Hija mia—le respondió Moro—pobre
inocente, tú no conoces la perversidad de
los hombres. Te están engañando; Fischer,
mi amigo, no ha cometido esa bajeza. Pe-
ro aunque la hubiera cometido, yo al me-
nos no la cometeré.»

«En fin, el Rey perdió toda esperanza
de vencer aquel gran valor, y el 1 de Julio
de 1535, después de cinco meses de pri-
sion, en la sala de justicia de Westminster
Moro fué condenado á muerte.

»Precedido del verdugo, que llevaba
vuelto hácia su cara el corte del hacha, ba-
jo la custodia de Eduardo Kingston, que

derramaba gruesas lágrimas, el heróico
anciano regresó á pié á la Torre: marcha-
ba apoyado en su baston; sus cabellos se
habian encanecido, su cuerpo se había en-
corbado bajo la bóveda de la prision, pe-
ro su alma habia permanecido valiente;
marchaba sosegado y pensativo. De repen-
te, junto al rio, levanta la cabeza; su hija,
su querida hija, Margarita estaba allí...
Lánzase la infortunada en sus brazos, y á
la vez se oyen estas exclamaciones:
«¡Padre!» «¡Margarita... ¡hija mia!...» La
voz se extingue en los labios de entream-
bos, y ya no se escucharon más que sus
llantos y sollozos... Ella cayó de rodillas;
él la bendijo y prosiguió su marcha. Mar-
garita sostenida por una criada fué po-
niendo sus piés sobre las pisadas de su
padre en el largo trayecto de aquel cal-
vario. Cuando se abrió la puerta de la
cárcel, lanzando un grito desesperado la
pobre Margarita, se arrojó por segunda
vez al cuello de su padre... Aquel fué el
último beso antes de la muerte; aparta-
ron violentamente al uno de la otra, y
la pesada puerta de hierro se cerró sepa-
rándolos para siempre en este mundo.

»Al poco tiempo vinieron á notificarle
que habia llegado su hora. Sobre un pe-
dazo de papel escribió con carbon su úl-
tima carta á su hija: «¡Adiós, Margarita,
yo te bendigo, bendigo á tu esposo y á
vuestro hijo, bendigo á todos mis hijos y
nietecitos, y á todos mis amigos. Sé feliz,
queridísima hija mia. ¡Yo voy á morir
fiel á Dios y al Rey! ¡Que descienda sobre
todos vosotros mi última bendicion!»

»Al pié del cadalso se detuvo para
orar; después subió con paso firme, abra-
zó al verdugo, inclinó la cabeza y cayó
el hacha...

»Más de trescientos años han pasado
desde aque lla odiosa fecha. Y la Iglesia
ha recogido aquella sangre y aquel cadá-
ver, le ha colocado de pié sobre sus alta-
res, y en todos los ámbitos del mundo
los fieles postrados de rodillas ante aquel
valiente, ante aquel siervo fidelísimo del
Deber, se inclinan diciendo: «Bienaven-

urado Tomás Moro, rogado por nosotros.»

Y es natural porque los hombres del Deber son los únicos hombres capaces de salvarnos.

Pero ¿existen hoy, se preguntará, esos hombres que prefieren morir antes que faltar á su conciencia?

Sí; sí que existen; lo que sucede es que en vez de estar á la cabeza de los pueblos están debajo, están á los pies; son despreciados, arrinconados y hasta odiados porque son una acusación viva de los que no cumplen con su obligación.

No queremos cerrar este artículo sin referir dos rasgos de la vida de otro hombre que hemos conocido nosotros, y que no era ni ministro ni canciller de Inglaterra, sino modestísimo maestro de escuela, pero perteneciente á la dinastía de los hombres que prefieren morir antes que hacer traición á su conciencia.

D. Joaquin Ibañez, maestro de instrucción pública de esta ciudad, hallábase el año 69 desempeñando su escuela ganada por oposición; única cosa de que vivía cuando llegó la hora de jurar la famosa constitución democrática escrita por la mano de la revolución.

D. Joaquin Ibañez tomó su sombrero de copa, prounda de respeto que en honor al magisterio llevaba muy á menudo, fuése á la casa de ayuntamiento y presentóse á la autoridad.

La autoridad aunque estuviese personificada en un granuja era para él respetabilísima porque representaba la autoridad de Dios. Esta era la doctrina que profesaba aquel humilde y sencillo cristiano maestro de niños de quien también podían aprender los hombres.

Iba á obedecer á la autoridad que le mandaba jurar la constitución, pero como la obedecía en nombre de Dios, antes iba á obedecer á Dios.

Enterado por su confesor, después de detenida consulta, de lo que debía hacer, presentóse ante el alcalde que sonrió de gusto pensando «ya ha caído un beato» y le saludó cortesmente diciéndole: vengo á jurar.

—Pasemos á secretaría—contestó el alcalde.

Una vez en ella y puesta la mano de D. Joaquin sobre el libro de los Evangelios, el alcalde, que no los había leído en su vida, le preguntó.

—¿Jurais guardar y hacer guardar fielmente la constitución del Estado en cuanto de vos dependa, defenderla etc. etc.

—Juro, contestó D. Joaquin apretando la mano sobre el libro y sosteniendo con

la otra el sombrero de copa, guardar y hacer guardar esta constitución del Estado en todas sus partes menos en aquellas que puedan oponerse directa ó indirectamente á la ley de Dios

—¡Poco á poco! contestó el alcalde, aquí no se permiten más fórmulas de juramento que las que prescribe el gobierno.

—Pues yo no puedo jurar de otra manera que como manda Dios, en cuyo nombre gobiernan los gobiernos.

—Pues se queda usted sin escuela,
—Pues me quedo sin ella.

Y se quedó; pues se fué á su casa y durante muchos años no cobró más sueldo que el que los muchachos le querían dar por enseñarles á leer, escribir, rezar y cumplir con su obligación.

Pero no para aquí la cosa; que el que se jugaba los cuartos se jugaba también la vida.

Algunos meses después vinieron unas de aquellas elecciones famosas en que el sufragio universal, valiosa conquista de la revolución, se convertía en sufragio por las almas benditas del purgatorio, pues siempre salía de ellas algún muerto á quien había que decirle misas; y el partido tradicionalista, en cuya bandera estaban escritos los principios católicos, trató de presentar un candidato.

No se si regía los destinos de esta ciudad el escrupuloso alcalde de los Evangelios, aquel que por respeto á la fórmula del juramento le había quitado al pobre maestro el sueldo de su escuela ganada por oposición; pero sí sé que el que tenía el bastón, al saber que podían quitárselo en nombre de la libertad de votar, escrita en aquella constitución tan jurada y tan guardada, echó á la calle sus esbirros, armó una zambra de dos mil diablos y á tiro limpio metió en su casa á los opositores no sin que resultase de la refriega un muerto y varios heridos.

D. Joaquin Ibañez que el día y hora en que ocurrían estas cosas estaba en su escuela cumpliendo como siempre con su deber había ya sabido que se presentaban dos candidatos, uno católico y otro liberal y que á balazos se quitaba de en medio al que tratase de votar por el primero contra el segundo; y desde luego decidió votar contra el segundo y á favor del primero, sin preocuparse del pellejo que podía correr igual suerte que había corrido el sueldo de la escuela.

Al día siguiente de la refriega era la elección y á las ocho de la mañana tomó su sombrero de copa y se dirigió á la casa del jefe tradicionalista á que le diese la papeleta con la candidatura.

—Pero ¡D. Joaquin á donde vá usted—

le preguntó su amigo lleno de asombro al verle entrar en su casa con el sereno candor y tranquilidad de un niño; pues no sabe usted lo que hay?

—Sí.

—Pero no sabe usted que la partida de la porra se ha echado á la calle á cazar como á fieras los nuestros que salgan de su casa, y que hemos tenido que retirarnos.

—Sabía que ya había habido un muerto y varios heridos y calculaba todo lo que podía suceder; pero ignoraba que se hubiese retirado la candidatura y como esta mañana me preparé ya confesando y comulgando para cumplir mi deber, y este me exigía votar al candidato católico, venía por la papeleta sin pensar en lo demás.

La elección se verificó á solo de puñero como era de esperar, y D. Joaquin se retiró á su casa sin necesidad de jugarse la existencia y sacrificarla á Dios como le había sacrificado la escuela; pero sin duda los ángeles escribirían en aquel momento en el libro de la vida de D. Joaquin Ibañez estas palabras que hoy se pueden escribir en muy pocas biografías: «Martir del deber; católico verdadero; hombre cortado según el corazón de Dios.»

Y ¿no es verdad que estos son los hombres que faltan, no solo para arreglar España sino para arreglar el mundo?

ADOLFO CLAVARANA.

¡DIOS MÍO, DADNOS SANTOS!

¡Santos! Hacen falta en todos lados, porque el mal nos invade por doquiera.

¡DADNOS SACERDOTES SANTOS!

Sacerdotes de corazón valiente, resueltos á sacrificarlo todo por esta noble divisa de uno de ellos: *morir aquí abajo, para vivir en lo alto!*

Sacerdotes como los deseaba aquel admirable Sulpiciano que los definía: *Hombres cuyos pies no se pegan en la tierra, ni sus manos al dinero, ni la cabeza á los hombros:*

Sacerdotes cada uno de los cuales sea *todo para todos: Todo para Dios* por la unión sencilla, pero completa de su voluntad con la divina.... *Todo para las almas*, por la generosa renuncia de sus comodidades y bienestar, de su reposo, de sus más legítimas y puras alegrías personales, para estar en todas partes y á todas horas al servicio de las almas.

¡DADNOS MADRES Y ESPOSAS SANTAS!

Esposas y madres que no vean estos nombres tan sagrados y divinos sino al través de las palabras *abnegación y sacrificios.*

Esposas, ángeles protectores del hogar, que sepan convertirlo sin ruido, exageración ni ostentación externa, en *santuario* en que habite siempre Dios y reine siempre.

Esposas, compañeras amables, que atraigan con su gracia, que á fuerza de sacrificios hagan amar el interior de sus casas.

Madres que entiendan que son auxiliares de Dios y que sus corazones, esos tesoros casi infinitos de amor, deben constituir el dominio de Dios, siendo Dios quien desde allí habla por boca de ellas, toca por sus manos, besa por sus labios, educa y forma con sus atenciones de todos los momentos á esos pequeños seres destinados á servir y glorificar á Dios.

Madres que comprendan esta frase de un Santo á una mujer cristiana: *Lo que importa no es la educación de la vida, sino la de la muerte.*

¡DADNOS JÓVENES SANTAS!

Jóvenes de corazón generoso y firme, de elevada inteligencia, que no sean solamente como plantas de abrigado invernadero, que piden cada hora una gota de agua, un rayo de sol, una bocanada de calor, sopena de marchitarse, sino jóvenes que se penetren de lo que son: *protectoras, por su pureza que ahuyenta al vicio; apóstoles, por su influjo; hermanas de caridad, por su abnegación; siervas, en fin, como lo era la Santísima Virgen, por su asiduo trabajar.*

¡DADNOS HOMBRES DE MUNDO SANTOS!

Hombres valientes y fuertes que se consideren representantes de Dios en la tierra y que estén ufanos por ello; que acepten, desde que se les ofrezca, la misión de luchar por Dios, de combatir para Dios, de atraer hacia Dios; que ante estas palabras: *mi deber*, no vacilen en sacrificarse, y que repitan con entusiasmo y voluntad inquebrantables: *Vivir y morir sepamos por Dios y por la patria!*

Los hombres que sobran

Leemos en un periódico.

«En el Palacio de Justicia de París se vió ya el asqueroso proceso del Panamá y el fiscal pronunció su informe, probando que había habido *corruptor*, echando para ello, por los suelos la inadmisibile escusa de Arton de que se había limitado á remunerar servicios prestados, y convencer á los diputados de la bondad de las pretenciones de la Compañía del Panamá. Con documentos en apoyo, acusó á Naquet el celebre introductor de la ley del divorcio de haber recibido 200.000 francos; á Enrique Maret de haber redactado un informe favorable á la Compañía, á cambio de 90.000 francos y á Saint Martin, Plauteau y Richard de haberse asimismo vendido por cantidades importantes. Como el último ha escapado de la jurisdicción de la justicia humana, pidió el fiscal penas severas, además del corruptor, para Maret, Naquet, Saint Martin y Plauteau, retirando la acusación respecto á Boyer, Gaillard, Laisant y Rigaud.

Después tocó el turno á las defensas. La de Arton, si bien demostró fácilmente que este había distribuido fielmente el dine-

ro de la Compañía y que mentian por tanto los demás acusados al decir que no recibieron un céntimo, vióse en apuros para intentar demostrar asimismo que la misión del agente del barón de Reinach no fué *corromper* y que este se limitó á *predisponer favorablemente á los diputados.*

El defensor de Saint-Martin partió de la base de las contradicciones existentes en los papeles y en las declaraciones de Arton, para deducir que su cliente no recibió del corruptor los 50.000 francos de que se le acusa, concluyendo en que si percibió en aquella época una elevada cantidad, procedía la suma de la caja del *bulanguismo* y fué escrupulosamente invertida para fines *bulanguistas.*

Naquet pide desde Londres que se le conceda una prórroga, en atención á su estado de salud, y su hijo, acompañado del defensor del Padre, se presentará mañana al tribunal, después del veredicto del jurado, para apoyar la petición del «padre del divorcio» con certificados médicos en apoyo. Al propio tiempo, el mismo Naquet ha enviado un segundo memorial á los jurados, en el que pide encarecidamente no se pronuncien sobre su culpabilidad sin oírle, repitiendo no sé si un centenar de veces que es inocente y asegurando que las cantidades que en época de la corrupción cobró, procedían de la caja bulanguista, con la insinuación, artificioosamente rechazada, de que la Compañía del Panamá quizá se valió de este intermediario para hacer llegar á él los 200.000 francos que figuran en los papeles de Arton.»

Total que toda esta caterva de perdidos y estafadores revestidos de sus investiduras de Senadores y diputados han estafado á Francia entera.

Y sin embargo estos hombres han sido absueltos como lo han sido en Italia los senadores, diputados, ministros y políticos influyentes que han estafado el banco de Génova y otras sociedades de crédito y como lo están siendo cada día los malvados de todas calañas que desmedran á los pueblos con sus prevaricaciones y sus crímenes.

Y, por qué?

Por que los que les absuelven son como ellos, gentes sin fé completamente divorciados de su deber.

Pues todos estos son los hombres que sobran para que el mundo se arregle, sea con monarquías sea con repúblicas ó sea como quiera.

LA CONCIENCIA

Dios ha puesto en el alma un espejo donde se retratan todos los sentimientos, todas las ideas, todas las impresiones. Apenas dirige el hombre una mirada al interior de su ser, se encuentra fotografiado, en la conciencia, en ese purísimo cristal donde la verdad anida, y en el que se reproducen con fiel exactitud hasta los más ocultos detalles.

La conciencia es dulce y hermoso consuelo, al propio tiempo que torcedor horrible.

Encuentra en ella, el que hace una buena acción, su más estimable premio; el que obra mal, su más penoso castigo.

Tristemente se engaña el que juzgue que se encuentra sólo en determinados momentos. Una voz severa, digna imperiosa, os recordará á todas horas y en todas las ocasiones lo que quizás deseariais sepultar para siempre en el olvido más profundo.

Y si, víctima de alguna responsabilidad afrentosa, sabéis eludir la justicia humana, al huir de ella, aislándoos del mundo entero, en el secreto de vuestro asilo, en el interior de vuestro pecho, en el fondo más íntimo del alma encontraréis quien os juzgue y sentencie, sin que os sea dable evitar el fallo del más inflexible juez de vuestros autos.

Para evitarlo os queda abierto un camino: el de la virtud.

LOS QUE NO LA TIENEN

Se ha publicado estos días un detallado extracto del balance de la banca de Montecarlo, cerrado el 31 de Octubre último.

La recaudación ha sido de francos 14 millones 850.000, mientras que en el ejercicio anterior fué de unos veinte millones de francos.

Los gastos han ascendido á seis millones, distribuidos del modo siguiente: al príncipe Alberto de Monaco 100.000; gastos de policía, gendarmería, fondos secretos y diversos trabajos, 1.500.000; directores, administradores, «croupiers» y personal de servicio, 1.000.000; teatro, orquesta, tiro de pichon, carreras de caballos, regatas y obras de beneficencia, (*hasta aquí se mete la beneficencia; ¡pobre señora!*) 800.000. Gastos de publicaciones, de imprenta, etc., etc., 500.000.

Gastos que ocasionan los que se arruinan al juego y que desean volver á su patria, 100.000 francos. Lo que á estos desdichados se les dá se conoce con el nombre del «viático de los moribundos.»

También se han invertido otros 100.000 francos en socorros á los jugadores que no tienen valor para suicidarse.

Añádese á esto 35 suicidios, oficialmente comprobados, si contar los ignorados por los jugadores, y que, según la crónica, han sido 85, y se tendrá el balance completo de la casa de juego de Montecarlo, verdadero centro de viciosos y malvados entregados á la maldita pasión del juego y verdadero baldon de la Europa moderna que al consentirlo demuestra ya lo que es.

A LOS PADRES DE FAMILIA

Cuantos esfuerzos, cuantos sacrificios hicieréis, quedarán ampliamente recompensados, si lograis inspirar en los corazones de vuestros hijos el amor á la virtud. No se la pintéis con austeridad, sino con alhago; hacédsela amable, hacédsles conocer sus atractivos, para que por sí mismos la busquen y apetezcan como el único recurso para conse-

guir la paz del alma, que es la única felicidad que se disfruta en la tierra.

El padre que ha educado mal á su hijo, es un autor que ha corregido mal las pruebas de su obra; con la desventaja (para el padre) de que no puede poner fe de erratas, al enmendar éstas en una nueva edición.

A Fée.

COMO SE HACEN LOS HOMBRES DE BIEN

No sin motivo, se extiende, en los presentes tiempos la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; porque ella es remedio eficaz para muchos males, y fuente de grandes bienes.

El hombre que anda inquieto por su futura suerte, apretado por remordimientos que no le dan punto de reposo, adquirirá mediante esa devoción, que ha sido llamada esperanza de los desesperados, una gran confianza.

El jefe de una familia, á quien preocupa vivamente, y no sin motivo, la conducta de hijos lanzados en temprana hora al vertiginoso movimiento del mundo de hoy, si erige en el seno del hogar un trono al Corazón de Jesús, logrará que sea aquel recinto albergue de todas las virtudes, y su familia en medio del confuso laberinto de esta nuestra sociedad moderna, una familia verdaderamente patriarcal.

El pueblo; que experimenta calamidades sin término, y que ve huir de sus confines la fé, debilitarse en su seno la piedad, invadir el pecado todas sus regiones, entronizarse los vicios en lo alto y en lo bajo, y pasear su bandera triunfante la irreligión: el pueblo que grande un día, mientras rindió culto á la Iglesia, vino despues á decadencia, y empezó á recorrer de etapa en etapa el camino de la ruina, si desea regenerarse, renovar sus pasadas glorias y hacer reverdecir sus antiguos laureles, al Corazón de Jesús ha de apelar como á recurso supremo.

Un pueblo donde reine el Corazón de Jesús será un pueblo de santos, y los santos son los mejores hombres que hubo jamás, pues en cualquier orden de cosas, en que figuran, realizan el ideal de la perfección. Si se sientan en tronos, se llaman S. Fernando, S. Luis, S. Esteban, y constituyen el idolo, permitásemos decirlo así, de sus pueblos; si capitanean ejércitos, se apellidan Godofredo de Bouillon, Sobieski etc., y valientes, esforzados y generosos, defienden siempre causas justas, y las defienden con heroica bravura; si Pontífices Supremos ó meros Obispos rigen la Iglesia universal ó una parte de ella, se denominan Gregorio ó León Magnos, Hildebrando ó Inocencio III, Leandro ó Isidoro, Carlos Borromeo ó Francisco de Sales, y ó llevan con mano segura el timon de la nave de Pedro, desafiando impérritos las tempestades, ó apacientan como solícitos pastores su grey, siendo luz de los que no ven, consuelo de los que lloran, guía de los que ignoran el camino, y recurso universal de

cuantos se hallan en apretado trance: si hombres de Estado, empuñan en circunstancias difíciles las riendas del gobierno en una nacion agitada, tienen el nombre de Jimenez de Cisneros, de Francisco de Borja ó de Juan de Rivera, y dejan memoria de sus hechos á la posteridad, que admira cómo supieron conciliar las blanduras de la mansedumbre evangélica con los rigores y la severidad de la justicia; si en fin modestos padres de familia hallanse al frente de la sociedad doméstica, no por humilde escasa de importancia, educarán y formarán buenos cristianos, que serán un día adalides de la justicia y el bien.

De una pastoral del Sr. Arzobispo de Sevilla.

UNA Y OTRA

—¿Dónde vés, joven,
Con tanta prisa?

—Voy á oír Misa.

—¿No vas tú allí?

—No: voy al baile.

Vente.

—No quiero.

—¿Por qué

—Prefiero

Rezar por ti.

II

—¿Vas á la gloria?

—Dios lo ha querido.

—Yo la he perdido,

Que al baile fuí.

—¿Qué hermosa vida

La que me espera!

—¡Oh! ¡quien pudiera

Marchar allí!

(J. Dominguez Manresa.)

MÁXIMAS

Cuando sufrimos alguna pena ó aflicción particular debemos alentarnos considerando que los santos las sufrieron mayores, y con alegría.

—
¡Qué contento trae el amor cuando no hay riesgo de ser mal correspondido! el amor de Dios es más gustoso que todos los otros, porque nunca lleva tal peligro.

—
En los vestidos procurad en cuanto os sea posible la sencillez y la modestia: ellas son el mejor realce de la hermosura,

—
Quien está dotado verdadera paciencia sufre con igual fiereza de ánimo la aflicción que acarrea oprobio, como la que trae la mayor estima.

—
Aprendamos de una vez á amarnos en este mundo de la misma manera que nos amaremos en el cielo.

—
¿Como es posible que sabiendo que tres ó cuatro días de tribulación nos han de pro-

ducir consuelos eternos, no queramos aun sufrirla con paciencia?

—
Pésimo juez es el mundo: sólo trata de absolver á sus partidarios, mientras condena sin piedad á los servidores de Dios: ¡miserable mundo!

—
Amar á Dios en medio de los consuelos, esto pueden hacerlo los más débiles, hasta los niños: pero amarle cuando nos abreva de amargura y ajenjo, esto es propio de almas generosas y constantes.

S. Francisco de Asis.

LOS JUDÍOS PINTADOS POR SÍ MISMOS.

El célebre Lombroso acaba de publicar una obra con el título de *El antisemitismo y las ciencias modernas*. Lombroso es israelita y representante muy caracterizado de las tales ciencias, ó al menos, de lo que así se llama. Pues bien, él ha dicho: «El judío ha servido de maestro al incrédulo: todos los rebeldes acuden á esta fuente de doctrina, quién antes, quién despues; unos directamente y otros indirectamente.» Y en otra parte dice: «Los judíos han sido como el fermento de todas las revoluciones, porque siempre fueron descontentos y rebeldes.» Eran el pueblo de dura cervíz, de que hablaba Moisés que debia conocerlos perfectamente, y lo eran aun en su edad de oro, cuando la persecucion no podia haber agriado el carácter nacional.

BIBLIOGRAFIA

COMPENDIO DEL MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.—de Manuel Antonio Carreño Arreglado por el mismo para uso de las escuelas de ambos sexos. Recomendamos este precioso librito fundado en las reglas de la massana moral cristiana.—Barcelona Faustino Palacié, Impresor Editor—Diputación 421 y 123.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, buertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.